C

on mucha frecuencia hablamos del escepticismo que deben practicar los auditores. Como su trabajo consiste en comprobar, tienen que tener la capacidad de no dejarse influir por su creencia de que todo debe estar bien, ya que los administradores, los otros funcionarios y los procedimientos, les parecen idóneos.

Aunque ese tema es muy importante, sobre todo cuando se profundiza en él (porque muchas veces nos limitamos a explicaciones muy breves), es conveniente hablar del escepticismo que deben tener los contadores administrativos. De acuerdo con el Financial Times (London, England) February 25, 2016 Thursday, Asia Edition 1, “(…) *A scam in which criminals impersonate the email accounts of chief executives has cost businesses around the globe more than $2bn in little over two years, according to the US Federal Bureau of Investigation*. (…)” – copiado de LexisNexis Academic-.

Las explicaciones pueden ser muchas. Por ejemplo, hay empresas con un tono de control incorrecto, en las cuales se hace los que los jefes digan, cualquiera sea lo que manifiesten. Esto es muy común en las empresas en las cuales el dueño es el administrador y todo el que no hace caso es despedido inmediatamente. Otro ejemplo es el de las empresas en las que los jefes nunca cuentan abiertamente lo que hacen. Apenas dicen a cada funcionario lo que juzgan que debe saber. De tal manera que solo ellos conocen en su integridad los planes, mientras los demás bien pueden considerar normal lo que les ordenan. Como los administradores están en posición de conocer profundamente los controles internos, son los más capaces de esquivarlos. En más de un caso se distraen grandes sumas de dinero a partir de pequeñísimas cantidades, en las que nadie repara por considerar insignificantes. Hay empresas en las que los mensajes electrónicos no están sometidos a ningún criterio de seguridad. Los receptores juzgan sobre su apariencia, es decir, sobre lo que es visible, sin advertir que ellos no proceden de la cuenta que se indica, no han sido expedidos en la fecha y hora que aparecen anotadas, no son firmados por quien se dice los suscribe. En más de un caso los empleados tienen tal cantidad de trabajo que nunca pueden dedicar tiempo a examinar con cuidado la correspondencia que reciben y, además, carecen del conocimiento necesario para hacer revisiones básicas.

Algunos piensan que, en consecuencia, son mejores los controles confiados a máquinas, que no hacen excepciones. Claro está que aún las seguridades físicas o químicas pueden ser superadas. Además, estos controles funcionan bien para lo que se repite, pero son un gran problema para las operaciones con elementos novedosos. Las empresas no pueden adoptar procedimientos que demoren las decisiones, pues en la vida mercantil hay muchas que deben tomarse sobre la marcha, en cuestión de segundos. Algunos prueban con éxito la segregación de funciones y la obligación de que siempre participen al menos dos personas en cada transacción. Esto tampoco es perfecto, pues bien puede haber colusión.

*Hernando Bermúdez Gómez*